



Romano, María Laura. "La biblioteca portátil de fray Castañeda".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2020, vol. 9, n° 20, pp. 343-348.

La biblioteca portátil de fray Castañeda

The portable library of Friar Castañeda

María Laura Romano¹

Recibido: 02/03/2020

Aceptado: 02/09/2020

Publicado: 09/11/2020

Resumen

Debido al hipercriticismo y al estilo sarcástico y polémico de sus periódicos, el cura Francisco de Paula Castañeda se ganó la enemistad del gobierno porteño de Martín Rodríguez – fundamentalmente de su ministro Bernardino Rivadavia– de lo que resultó, en 1821, una primera condena a destierro. En el número 73 del *Despertador Teofilantrópico Místico-Político*, que salió a la luz una vez que el fraile ya estaba de regreso en Buenos Aires, Castañeda publicó un extenso texto en el que el *Despertador* relata cómo fue su exilio. El artículo analiza esa narración que presenta puntos muy interesantes respecto de los sinuosos posicionamientos del cura sobre la lectura, el saber, la tradición, la historia y su relación con la experiencia.

Palabras clave

Literatura argentina del siglo XIX; prensa argentina del siglo XIX; historia de la lectura; Francisco de Paula Castañeda.

Abstract

Due to the hypercritical style and unbridled satire of his newspapers, the priest Francisco de Paula Castañeda earned the enmity of Martín Rodríguez, governor of Buenos Aires – mainly of his chief minister, Bernardino Rivadavia– resulting in his first exile sentence in 1821. In number 73 of *Despertador Teofilantrópico Místico-Político*, which came to light once the friar was already back in Buenos Aires, Castañeda published an extensive text about his exile. The paper analyzes this account that includes very interesting points revealing the winding stands of the priest with respect to reading, knowledge, tradition, history and its relationship with experience.

Keywords

Nineteenth Century Argentinian literature; Nineteenth Century Argentinian press; history of reading; Francisco de Paula Castañeda.

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. En su tesis, titulada *Monstruos de la razón. Periódicos no ilustrados en la región platina (1820-1830)*, indagó las relaciones culturales y literarias entre el Río de la Plata y Rio Grande do Sul a partir de una serie de periódicos satíricos y gauchescos. Es docente de Teoría y Análisis Literario (Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”) y de Introducción a los Estudios de la Literatura (Universidad Nacional de General Sarmiento). Publicó diversos artículos sobre los temas que investiga en revistas especializadas y participó en múltiples encuentros académicos. Contacto: goriotlr@hotmail.com



En los primeros años de la década de 1820, los incendiarios papeles del padre Francisco de Paula Castañeda causaron revuelo y malestar entre los sectores ilustrados cercanos al por entonces ministro Bernardino Rivadavia. Su antilusminismo y su agria crítica a las sucesivas administraciones porteñas expusieron al cura a una serie de castigos entre los que se cuentan dos condenas a destierro, la segunda de las cuales significó su partida definitiva de Buenos Aires.

El primer destierro tuvo lugar en 1821. En esa ocasión, se le prohibió escribir para el público (a la sazón era redactor de siete periódicos) y se lo expulsó a un paraje desolado de la pampa bonaerense, Kaquel Huincul, en donde debía permanecer por cuatro años. El *Despertador Teofilantrópico Místico-Político*, primer periódico del cura, publicó un número antes del exilio fechado el 13 de septiembre de 1821. Gracias a una conmutación de la pena otorgada por el gobernador Martín Rodríguez, pasó solo un año antes de que el fraile pudiese reanudar esa y sus otras publicaciones.

Ni bien regresó a Buenos Aires, Castañeda retomó el *Despertador* siguiendo la numeración allí donde se había interrumpido. El número 73, que salió exactamente un año después que el 72, es decir, el 13 septiembre de 1822, está ocupado casi completamente por un texto en el que el personaje-periódico relata la triste partida de la ciudad junto a su compañero el Suplementista, otros de los papeles del fraile que funcionaba, como su título sugiere, a manera de suplemento del *Despertador*.

La narración presenta puntos muy interesantes respecto de los sinuosos posicionamientos del Castañeda sobre la lectura, el saber, la tradición, la historia y su relación con la experiencia. Mi texto propone una lectura acerca de esas cuestiones a partir de las que creo que coagula una imagen del cura, no ya como escritor de periódicos, sino como lector de libros.

En el relato de partida del *Despertador*, la lectura era convocada como un horizonte de alivio y consuelo, como una práctica de carácter terapéutico. Sin embargo, en principio, ese remedio contra la amargura que suscitaba la expulsión de Buenos Aires mostraba sus limitaciones:

La historia de lo pasado es en cualquier tribulación un documento que llena de esperanza y de consuelo á los atribulados: el Suplementista y yo recorrimos una por una las historias para encontrar alivio en nuestro quebranto pero todas las historias nos parecían mancadas y caducas, ó fuese porque nosotros eramos los que caducábamos, ó porque no hay historia que sea puntual, ó porque nunca lo pasado es tan vivo como lo presente (73, 1063-1064).²

El recorrido infructuoso por las historias del pasado replicaba la condición del exilio: los personajes de Castañeda eran desterrados también del recinto de sabiduría que construían los libros. Esta situación escenifica la fractura de un modo tradicional de pensar la historia como *magistrae vitae*. En la concepción del tiempo histórico propia de la cultura eclesiástica de la época, el devenir humano no se concebía como una línea recta constituida por hechos únicos e irrepetibles, sino como un “juego de reflejos especulares” que entrelazaban el presente con el más antiguo pasado y aportaban un sentido para el porvenir en el marco de una concepción en la que la Causa Primera de todas las cosas era Dios (Di Stefano 206).

Buscar, rebuscar y no hallar ningún *exemplum* que se conviniera a su situación hacía añicos la estructura de saberes que Castañeda había desplegado en sus periódicos y que justificaba su empresa como escritor público. En el número 36, el *Despertador* había prometido “recurrir ya à la historia natural, ya à la favula, ya à los fastos, y anàles de todos los siglos para sacar pasages que abochornen à los que ni aun perdonados escarmientan” (36, 468). El recurso

² En todas las citas se respeta la tipografía original.

a la literatura didáctica (apólogos, parábolas y fábulas) del que frecuentemente se valía el cura para cumplir el objetivo de instrucción que había dado a sus papeles portaba un sentido ideológico muy preciso. Los “pasajes al caso” que el fraile escribía en las páginas de sus hojas y de los que extraía siempre una “moralidad” subsumían un hecho particular de su presente en el acervo de experiencias ejemplares de las que emanaban valores ligados a la sociedad tradicional. Más allá de las adaptaciones al contexto local de las que eran objeto sus relatos, la forma en sí de la fábula o el apólogo movilizaba una sabiduría que venía del fondo del tiempo y cuyo valor era, por definición, eternamente actualizable.

Pero la actitud expectante del periódico-personaje de Castañeda y de su compañero respecto de las historias pasadas tenía que ver puntualmente con poner al servicio de las penurias de los hombres y las mujeres del siglo XIX la sabiduría atesorada en los libros. Desgracias, tristezas, penas extraordinarias que había que aprender a aliviar para hacer más llevadero el mundo. Cincuenta años después, el gaucho Martín Fierro se consolaría con el canto acompañado de una vihuela. Los personajes de Castañeda, criaturas de estirpe letrada, que no tenían vida más allá del papel y la letra en la que inscribían su *bio-grafía*, no podían aliviar sus tribulaciones más que leyendo. Fuera de esta diferencia, lo que interesa es que el aparato de saberes, en uno y otro texto, (dis)funcionaba bajo el mismo principio. Julio Schwartzman recuerda la idea de Ezequiel Martínez Estrada de que el decir sentencioso del poema de Hernández tendía un puente entre el suceso particular y la historia de los sufrimientos humanos. Este puente sería parte de la “operación reguladora y ordenadora” de la experiencia que realiza el saber proverbial. “Inscribir el sufrimiento individual en un largo proceso histórico provee sentido pero también resignación”, puntualiza Schwartzman (104). Era precisamente esa inscripción la que fallaba en el trance que atravesaban los personajes de Castañeda, trance que, por otra parte, configuraba una escena de partida forzosa en la que retrospectivamente resuena el exilio de Fierro y Cruz y la camaradería de los compañeros que caen en desgracia.

Debido a la naturaleza irreplicable de un acontecimiento que no encajaba en ninguna de las historias conocidas, la soledad y el desamparo de los personajes se amplificaban. El sentimiento de radical historicidad del que daba cuenta el *Despertador* (“pero todas las historias nos parecían mancas y caducas, ó fuese porque nosotros eramos los que caducábamos, ó porque no hay historia que sea puntual, ó porque nunca lo pasado es tan vivo como lo presente”), reenviaba a una nueva condición de los saberes y de la tecnología empleada para su transmisión, es decir, la escritura, que despuntaba en un escenario social en el que avanzaba la modernidad con sus influjos secularizantes. ¿Dónde buscarían el *Despertador* y el *Suplementista* las historias en las que descansar sus penas? Se puede imaginar que en libros, en “el libro de los libros”, la Biblia, en el Nuevo Testamento, que funcionó para los cristianos al modo de un *vade-mecum* (expresión latina que significaba literalmente “ven conmigo”), de un compañero de vida. La búsqueda infructuosa de los personajes coincidía con la aparición y multiplicación de “el libro más perenne de todos”, el periódico, que Castañeda había elegido como plataforma para disparar sus dardos censorios contra los corifeos del siglo XIX. La emergencia del nuevo medio modificó los lugares en los que se depositaban y podían encontrarse los saberes e insufló a estos un valor temporal, una duración: en sus páginas, ningún escrito, cualquiera fuera la índole del conocimiento que transmitiese, permanecía indemne al paso del tiempo.

Ahora bien, en el recorrido, una por una de las historias del pasado que hicieron el *Despertador* y el *Suplementista*, algo del funcionamiento del saber tradicional terminaba restableciéndose. Finalmente, aparecía la “historia puntualísima”, la “historia verdadera”: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Así se configuraba la primera escena de lectura que contenía el relato: el *Suplementista* “tomó en sus manos el precioso libro, y puestas las antiparras, y dando de narices en el capítulo 47 de la segunda parte leyó en voz alta el párrafo siguiente” (73, 1064). Se trata del episodio en el que don Quijote y Sancho Panza deciden volverse pastores para cumplir con la prohibición de usar las armas que pesaba sobre el

manchego. La espada del personaje de Cervantes quedaba asimilada así a la pluma polígrafa del fraile escritor. Un texto literario profano pasaba a ocupar el lugar de objeto de una lectura instructiva destinada a modelar las conductas. El *Quijote* devenía “una ley inviolable”, según palabras del *Suplementista*, ya que les señalaba a los personajes un camino a seguir. Castañeda, que tanto lamentaba el alejamiento de Dios de la vida de los hombres y las mujeres decimonónicos, parecía alejarse él mismo de las lecturas piadosas. Pero, en realidad, lo hacía solo parcialmente porque el modo de apropiación de la novela de Cervantes no renunciaba a otorgarle al texto cierta investidura religiosa basada en la relación pedagógica y de acatamiento de autoridad que los personajes establecían con el clásico español.

Esa misma tendencia sacralizante respecto de los libros y la lectura gravitaba en otras escenas del relato. En la elección que realizó el *Despertador* de los libros que lo acompañarían en su destierro, resonaba, por ejemplo, una exhortación bíblica de la literatura proverbial: lleva la ley “siempre atada a tu corazón, y colgada como una joya a tu cuello” sentencia el libro de los Proverbios (Prov. 6, 21). Así, el personaje contaba que

en un atadito cargué la biblia: un librito de meditaciones de Fr. Luis de Granada: el sacerdote perfecto del P. Molina, y á Jamin pensamientos teológicos: por lo que hace á libros de política no cargué mas que á la insigne política, y admirable doctora Sor Teresa de Jesús (73, 1066).

Como se ve, todos eran textos religiosos. ¿Qué sentidos de uso de los libros refulgen en esta imagen? En principio, el hecho de que el contenedor que sirve para transportar los volúmenes sea un “atadito” dice sobre el tamaño pequeño de los objetos que acarrea; de hecho, el texto de Granada es identificado con el diminutivo “librito”. Los tamaños y la forma física de los libros determinan los empleos a los que se los destina. La cultura eclesiástica se caracterizó por estar muy atenta a esas cuestiones y por aprovechar de manera productiva los avances relativos a las tecnologías de la escritura. Por ejemplo, se cree que las primitivas comunidades cristianas fueron las primeras en preferir el códice al libro en rollo. Para Michel Melot, esta elección se explicaría porque el Evangelio era considerado un manual de vida que había que llevar siempre consigo; de ahí que hubiese sido necesario darlo a leer bajo una forma más manejable y transportable. Luego de la aparición de la imprenta, esa necesidad se reflejó en los formatos de reducidas dimensiones como si, de la era cristiana en adelante, el libro no hubiese hecho más que perfeccionar aquellas cualidades que lo tornaban un objeto escrito sumamente transportable. A diferencia de los libros de gran formato destinados para usos ceremoniales y monumentales, los pequeños volúmenes se fabricaron históricamente para llevarse pegados al cuerpo, en un atadito cruzado en la espalda o sobre el hombro, como hacía el personaje de Castañeda, dentro de un bolsillo, colgados del cinto o del cuello como si de un amuleto se tratara.

Por otra parte, el “atadito de libros” en tanto objeto resulta sugerente. La palabra “atado” refería a un conjunto de cosas liadas entre sí que, en este caso, más que con un lío (un “lío de ropa”, por ejemplo) se emparentaba, debido a su composición selecta, con el ramo o el ramillete. Esta última voz reenvía directamente al mundo de los géneros libresco. El *florilegium*, que literalmente significaba “ramillete de flores”, era una compilación de frases memorables de un mismo autor o de varios autores sobre una temática. “Adagios, sentencias, anécdotas históricas o fábulas y toda frase aguda y breve o ingeniosa” eran recopilados en esa clase de volúmenes (López Poza 61). Las palabras latinas que identificaban las recopilaciones eran varias: además de *florilegium*, se usaban las voces *thesauros*, *corpus*, *catalogus* e, incluso, flores. En lengua vernácula, también aparece en el mismo espectro semántico “biblioteca” (Chartier 1992). Se trataba de géneros literarios que tenían la finalidad de hacer manejable la inmensa cantidad de textos que el libro manuscrito y luego la imprenta habían puesto en circulación. El atadito de

libros que llevaba el *Despertador*, si bien transportaba textos enteros, era heredero de esas preocupaciones: su portabilidad aseguraba que el tesoro del saber, o por lo menos un fragmento selecto de él, estuviera disponible en cualquier lance allí donde se estuviese.

Así como los florilegios se pueden asociar con los cuadernos de notas donde se coleccionaban pequeños retazos de textos (los *codex excerptorius* muy usados por los clérigos para elaborar sus sermones), el atadito de libros del *Despertador* construía la imagen de una biblioteca portátil y personal. Los libros juegan un rol protagónico en el relato de la partida de Buenos Aires y de la estancia de los periódicos-personajes en el pueblo bonaerense de las Conchas. Al ver los libros, la dueña de la casa que acogió a los desterrados, pregunta: “¿son en castellano?”. Signo de que la mujer no sabía leer, el interés por el idioma en el que estaban escritos subraya, además, el lazo cultural con la lengua y la literatura de la ex metrópoli que Castañeda se empeñaba en reivindicar ante el avance de lo que llamaba despectivamente el espíritu “gaucho-britano-gálico” (*Desengañador Gauchi-político* 2, 28). Como agradecimiento a la hospitalidad que mostraban los habitantes del pueblo, el *Despertador* comparte con ellos el saber atesorado en los libros que llevó consigo:

Diariamente de las once hasta las doce del día, y desde las siete hasta las ocho de la noche se juntaban las vecinas en lo de nuestra patrona, y empezaba la leyenda teniendo yo cuidado de explicar, y comentar los lugares que me parecían de difícil inteligencia: solían también de cuando en cuando concurrir matronas del pueblo vecino, y ya la sociedad iba siendo numerosa (73, 1069).

“Leyenda”: palabra de gusto arcaico frente a la cual puede imaginarse el solaz del cura como si de un bello objeto anticuado se tratase. La segunda escena de lectura que presentaba el relato también era en voz alta, pero esta vez el destinatario era múltiple, una audiencia concurrida exclusivamente por matronas que devenía “sociedad”: sociedad teofilantrópica, podría decirse, cuyas integrantes se recogían alrededor del *Despertador* y de los libros piadosos por él vocalizados. En ese espacio cuyos horarios marcaban la inminencia del punto más alto del sol y de su caída, los pequeños volúmenes transportados desde Buenos Aires en el frágil atadito proyectaban sus letras silenciosas más allá del recinto de la intimidad gracias a la puesta en voz en una lectura comunitaria, en torno de la cual se cimentaba una sociabilidad de índole instructiva, no ociosa.

No hay ninguna indicación de qué textos puntuales de su atadito les leía el *Despertador* a las concurrentes de esas reuniones. No obstante, el personaje enfatiza un rasgo de los libros que portaba: dice a la dueña de casa que la mayoría de ellos eran de la mística española Santa Teresa de Jesús. Castañeda en varias oportunidades se declaró admirador del misticismo. De hecho, apelando a un procedimiento característico de su profusa inventiva léxica, bautizó a su primer periódico “místico-político”. Al filantropismo propio de la prensa ilustrada y a las materias políticas que sin excepción abordaban las hojas que circulaban en la Buenos Aires de la década de 1820, el cura les imprimió su singular sello calificando a su primogénito con el nombre de *Despertador* “teofilantrópico” “místico-político”. Así, reescribió y torció el sentido de dos conceptos que se anudaban en la prensa decimonónica (filantropía y política) a través de un título que ponía la cuestión religiosa en primer lugar. Si la política era el campo del hacer del hombre que, en el malhadado siglo XIX, más se alejaba del Cielo para volverse terrenal y demasiado humana, el componente místico reenviaba a un horizonte de cercanía absoluta con Dios, a lo que Castañeda llamó en uno de los números iniciales del *Despertador* el “ilapso de la divinidad en la sustancia del alma” (10, 145).

Para finalizar, me gustaría hacer un recorrido condensado por las ondulantes representaciones de la lectura (y de su relación con el saber y la experiencia) que ofrece el texto de Castañeda. Tal vez porque se trataba de una práctica que estaba en vías de transformación,

las figuraciones lectoras presentan sus vaivenes. En el relato, el acto de leer atraviesa escollos, no encuentra lo que busca, finalmente encuentra y se transforma. Pasa de las historias caducas, que ya nada tienen que decir de un presente desgarrado, al texto profano leído/compartido/oído como manual práctico de vida. Permite imaginar un estado de lectura recogido y silencioso en torno de las pequeñas páginas de un librito y la sociabilidad de una lectura en voz alta, de una lectura doméstica, cotidiana, femenina y, presuntamente, no urbana; lectura oída que se practica con el debido respeto a la autoridad, en la que no hay opinión ni pareceres, sino escucha atenta. En el decir auspicioso de la anfitriona de las Conchas, dos imágenes sirven para graficar ese tipo de atención embelesada: la mujer aseguraba que, una vez que el *Despertador* se aplicara a las lecturas colectivas, las lugareñas volarían hacia él, como “moscas a la miel y abejas a las flores” (73, 1068). Imágenes vegetales, voladoras y zumbonas que representaban el acto de leer como el exacto reverso del recorrido inútil por una a una de las historias del pasado en las que, desesperanzados, los dos desterrados no encontraron nada. Imágenes que enlazaban con el principio de la historia y que, como si se tratara de una figura emblemática, insistían en la idea de una complementariedad perfecta entre el sujeto, la experiencia pasada, la representación de esa experiencia en libros, la lectura, los trances vitales del presente, el tiempo mundano y el tiempo del más allá.

Obras citadas

- Castañeda, Francisco Paula de . *Despertador Teofilantrópico Místico-Político*. Buenos Aires: Imprenta de la Independencia / Imprenta Álvarez, 1820-1822.
- Castañeda, Francisco Paula de. *Desengañador Gauchi-Político, Federi-montonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector y Puti-republicador de Todos los Hombres de Bien, que Viven y Mueren Descuidados en el Siglo Diez y Nueve de Nuestra Era Cristiana*. Buenos Aires, Imprenta Álvarez, 1820-1822.
- Chartier, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Di Stefano, Roberto. “Lecturas políticas de la Biblia en la revolución rioplatense (1810-1835)”. *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 12, vol. 12, 2003, 201-224.
- López Posa, Sagrario. “Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica”. *Criticón*, núm. 49, 1990, 61-76.
- Melot, Michel. *Livro*. San Pablo, Ateliê Editorial, 2012.
- Saldías, Adolfo. *Vida y escritos del P. Castañeda*. Buenos Aires: Arnaldo Moen y Hermano, 1907.
- Schvartzman, Julio. *Letras gauchas*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.
- Zinny, Antonio. *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*. Buenos Aires: Imprenta del Plata, 1869.